

Psiché y Techné

Introducción

Umberto Galimberti

Lo que es verdaderamente inquietante no es que el mundo se transforme en un completo dominio de la técnica. Por lejos mucho más inquietante es que el hombre no está de hecho preparado para esta mutación radical del mundo. Por lejos mucho más inquietante es que no somos aún capaces de alcanzar, a través de un pensamiento meditativo, una confrontación adecuada con aquello que está emergiendo en nuestra época.

M. HEIDEGGER, *Serenidad* (1959).

1. **El hombre y la técnica.** Estamos todos persuadidos del hecho de que habitamos la edad de la técnica, cuyos beneficios gozamos en términos de bienes y espacios de libertad. Somos más libres que los hombres primitivos porque tenemos más campos de acción en los cuales insertarnos. Toda nostalgia, todo desapego respecto de nuestro tiempo tiene algo de patético. Pero, en la fruición con la que utilizamos instrumentos y servicios que achican el espacio, aceleran el tiempo, atemperan el dolor, diluyen las normas sobre las cuales han sido cinceladas todas las morales, corremos el riesgo de no preguntarnos si nuestro modo de ser hombres no es demasiado antiguo para habitar la edad de la técnica, una edad que no nosotros, sino la abstracción de nuestra mente, ha creado, y que nos obliga –con una obligación más fuerte aún que la que establecía cualquiera de las morales escritas a lo largo de la historia– a entrar y tomar parte.

En esta inserción rápida e ineluctable, llevamos todavía en nosotros restos del hombre pre-tecnológico que operaba en vistas a un fin inscripto en un horizonte de sentido, con un bagaje de ideas propias y provisto de sentimientos en los que se reconocía. La edad de la técnica ha abolido este escenario “humanístico”, y las demandas de sentido que surgen permanecen incontestadas, no porque la técnica no esté todavía lo suficientemente perfeccionada, sino porque no entra en su programa encontrar respuestas a semejantes demandas.

La técnica, de hecho, no tiende a un fin, no promueve un sentido, no abre escenarios de salvación, no redime, no devela la verdad: la técnica *funciona*. Y dado que su funcionamiento deviene planetario, esta intervención se propone revisar los conceptos de individuo, identidad, libertad, salvación, verdad, sentido, objetivo, y también aquellos de naturaleza, ética, política, religión, historia, de los cuales se nutría la edad pre-tecnológica y que ahora, en la edad de la técnica, deben ser reconsiderados, descartados o refundados desde su raíz.

2. La técnica y nuestro mundo. Estos son algunos de los temas que nacen del pensar la configuración que el hombre va asumiendo en la edad de la técnica. Las reflexiones expuestas aquí son apenas un avance. Queda todavía mucho que pensar. Pero antes que nada, queda por pensar si las categorías que hemos heredado de la edad pre-tecnológica, y que a toda hora empleamos para describir al hombre, son todavía idóneas para este acontecimiento absolutamente nuevo en el cual la humanidad, tal como históricamente la hemos conocido, experimenta su superación.

Para orientarnos, ante todo debemos terminar con las falsas inocencias, con la fábula de la técnica *neutral* que ofrece sólo *los medios* que luego los hombres deciden si utilizan para el bien o para el mal. La técnica no es neutral, porque crea un mundo con determinadas características que no podemos dejar de habitar y, habitándolo, de contraer hábitos que nos transforman ineluctablemente. No somos de hecho seres inmaculados y ajenos, gente que de vez en cuando se sirve de la técnica y de vez en cuando prescinde de ella. Debido al hecho de que habitamos un mundo que está técnicamente organizado en cada una de sus partes, la técnica no es más un objeto de nuestra elección, sino que es nuestro ambiente, donde fines y medios, objetivos e ideas, conductas, acciones y pasiones, e incluso sueños y deseos están técnicamente articulados y tienen necesidad de la técnica para expresarse.

Por todo esto, habitamos la técnica irremediabilmente y sin elección. Este es nuestro destino de occidentales avanzados, y todos los que, aun habitándolo, piensan todavía en encontrar una esencia del hombre más allá de los condicionamientos técnicos, como se suele escuchar a veces, son simplemente los inconscientes que viven creyendo en la mitología del *hombre libre para hacer todas las elecciones* –hombre que claramente no existe, excepto en los delirios de omnipotencia de quienes continúan viendo al hombre siempre más allá de sus condiciones reales y concretas de existencia.

3. La técnica y la esencia del hombre. Con el término “técnica” entendemos tanto el *universo de los medios* (las tecnologías), que en conjunto componen el aparato técnico, como la *racionalidad* que precede su empleo en términos de funcionalidad y eficiencia. Con estas características, la técnica ha nacido no como expresión del “espíritu” humano, sino como “remedio” a su insuficiencia biológica.

De hecho, a diferencia del animal que vive en el mundo estabilizado del instinto, el hombre, por la carencia de su dotación instintiva, puede vivir sólo gracias a su acción, que lo acerca y lo hace llegar a aquellos procedimientos técnicos que recortan, en el enigma del mundo, un mundo para el hombre. La anticipación, la invención, la proyección, la libertad de movimientos y de acción, en una palabra, la historia como sucesión de autocreaciones tienen en la carencia biológica su raíz y en el obrar técnico, su expresión.

En este sentido es posible decir que *la técnica es la esencia del hombre*, no sólo porque con motivo de su insuficiente dotación instintiva el hombre, sin la técnica, no habría sobrevivido, sino también porque disfrutando de esa plasticidad de adaptación que deriva de la generalidad y de la falta de rigidez de sus instintos, ha podido, a través de los procedimientos técnicos de selección y estabilización, alcanzar “culturalmente” aquella selectividad y estabilidad que el animal posee “por naturaleza”. Esta tesis, que Arnold Gehlen ha documentado ampliamente en nuestros días, ya había sido anticipada por Platón, Tomás de Aquino, Kant, Herder, Schopenhauer, Nietzsche, Bergson, es decir, por los grandes exponentes del pensamiento occidental, independientemente de su orientación filosófica.

4. La técnica y la refundación radical de la psicología. Si se acogen estas premisas, la psicología debe hacer consigo misma cuentas radicales y comenzar a pensar varias figuras, objetos de su saber, a partir de la técnica, que es el pathos originario entre hombre y mundo que ha permanecido “impensado” tanto por la psicología de corte *científico-naturalista*, que intenta “explicar” al hombre a partir de los experimentos animales, como por la psicología de corte *fenomenológico-hermenéutico*, que en todas sus variantes –psicodinámicas, conductistas, cognitivistas, sistémicas, sociológicas– intenta “comprender” al hombre a partir de los condicionamientos típicos de la cultura occidental, que habla de “cuerpo”, “alma” o “conciencia”.

Sin una adecuada reflexión sobre la técnica, pensada como esencia del hombre, la psicología científico-naturalista no puede más que aproximarse a la etología, mientras que la psicología fenomenológico-hermenéutica no puede más que atenerse a la ingenuidad del subjetivismo. Y sin embargo, en tanto a una se le escapa que el hombre es abismalmente distinto del animal porque está privado de ese rasgo característico animal que es el instinto, a la otra se le escapa que el “alma” o “conciencia” son el residuo de la acción y de su prolongación técnica, es decir de aquello que queda después de que la acción ha ya permitido al hombre el estar en el mundo y, una vez allí, de recortar *su mundo*.

En este punto, es preciso fundar una psicología de la acción para evitar tanto una mirada *reductiva* acerca del hombre (como ocurre en la psicología científico-naturalista que piensa al hombre a partir del animal), como una mirada *reactiva* acerca del hombre (como ocurre en la psicología fenomenológico-hermenéutica, que no se acerca al hombre a partir de su experiencia inmediata de la realidad a través de la acción, sino de su experiencia segunda, y por ende *re-activa*, que es la reflexión sobre la acción).

Se descubrirá entonces que, a partir de la carencia instintiva compensada por la plasticidad de la acción, será posible explicar la motricidad, la percepción, la memoria, la imaginación, la conciencia, el lenguaje, el pensamiento, en sus respectivas génesis y en sus desarrollos, siguiendo un camino absolutamente lineal que, para justificar su trazado, no tiene necesidad de recurrir a aquel *dualismo cuerpo-alma* que toda psicología declara querer superar sin saber cómo.

No hay ciencia, de hecho, que, nacida de un falso presupuesto, pueda removerlo sin negarse a sí misma. Y éste es precisamente el caso de la psicología que, aun cuando no lo sabe, es la más “platónica” de las ciencias, porque todavía no se ha emancipado del dualismo antropológico que, inaugurado por Platón y rigurosamente actualizado por Descartes, impide a la psicología aproximarse a su objeto. Para hacerlo, antes debe alejarse del presupuesto dualista del que ha nacido. Y éste es un desplazamiento que puede advenir sólo a través de una refundación radical de la psicología, que deberá tomar como punto de partida no el “sujeto psicológico” y mucho menos el “objeto psíquico” sino la acción.

5. La génesis “instrumental” de la técnica. Si compartimos la tesis de que la técnica es la esencia del hombre, entonces el primer criterio de legibilidad que debe ser modificado en la edad de la técnica es aquel tradicional que parte de ver al hombre como *sujeto* y a la técnica como *instrumento* a su disposición. Esto podía ser verdadero para el mundo antiguo, en el cual la técnica se ejercitaba dentro de los muros de la ciudad. Por entonces, la ciudad era un *enclave* al interior de la naturaleza, pero en general la ley incontrastada de la naturaleza regulaba por entero la vida del hombre. Por esto Prometeo, el inventor de las técnicas, podía decir: “La técnica es, por lejos, mucho más débil que la necesidad”.

Pero hoy es la ciudad la que se ha extendido hasta los últimos confines de la Tierra, y la naturaleza ha sido reducida a un enclave, a una parcela circunscripta dentro de los muros de la ciudad. Entonces la técnica, de ser un instrumento en las manos del hombre para dominar la naturaleza, pasó a convertirse en el ambiente del hombre; aquello que lo circunda y lo constituye según las reglas de una racionalidad que, basada en el criterio de la funcionalidad y de la eficiencia, no duda en subordinar las propias exigencias del hombre a las exigencias del aparato técnico.

La técnica, de hecho, está inscripta por entero en la constelación del *dominio*, de la cual ha nacido y a cuyo interior ha podido desarrollarse sólo a través de rigurosos procedimientos de *control* que, para ser verdaderamente control, no puede sino ser *planetario*. Esta rápida secuencia había sido ya prevista y anunciada por la ciencia moderna en sus albores cuando, sin dudarle y con clara previsión, Francis Bacon eliminó todo equívoco y proclamó: “*scientia est potentia*”.

6. La transformación de la técnica de “medio” en “fin”. Pero en la época de Bacon los medios técnicos eran todavía insuficientes y el hombre podía todavía reivindicar su subjetividad y su dominio sobre el instrumental técnico. Hoy, en cambio, el “medio” técnico se ha agigantado de tal modo en términos de potencia y extensión como para determinar aquella *conversión de la cantidad en calidad* que describe Hegel en la *Lógica* y que, aplicada a nuestro tema, hace la diferencia entre la técnica antigua y el estado actual de la técnica.

De hecho, mientras el instrumental técnico disponible era apenas suficiente para alcanzar aquellos fines en los cuales se expresaba la satisfacción de las necesidades humanas, la técnica era un simple *medio* cuyo significado era absorbido enteramente por el *fin*; pero cuando la *técnica aumenta cuantitativamente* al punto de volverse disponible para la realización de cualquier fin, entonces *cambia cualitativamente* el escenario, porque no es más el fin el que condiciona la representación, la búsqueda, la adquisición de los medios técnicos, sino que es la creciente disponibilidad de los medios técnicos la que despliega el abanico de todos los fines imaginables que se pueden obtener a través de esos medios técnicos. Así, la técnica deja de ser un medio y deviene un fin, no porque la técnica se proponga cosa alguna, sino porque todos los objetivos y los fines que los hombres se proponen no llegan a alcanzarse si no es a través de la mediación técnica.

Ya Marx había descrito esta transformación de los medios en fines a propósito del dinero: si bien como *medio* el dinero sirve para producir bienes y satisfacer carencias o necesidades, en la medida en que bienes y necesidades son mediadas por entero por el dinero, entonces el conseguir dinero deviene el *fin*, para alcanzar el cual, si es necesario, se sacrifica inclusive la producción de los bienes y la satisfacción de las necesidades. En otra perspectiva, y sobre el fondo de otro escenario, Emanuele Severino observa que si el medio técnico es la condición necesaria para realizar cualquier clase de fin que no puede ser obtenido prescindiendo del medio técnico, el *conseguir el medio deviene el verdadero fin* que lo subordina todo a sí. Esto comporta el derrumbe de muchos de los cimientos categoriales a partir de los cuales el hombre se había hasta ahora definido a sí mismo y a su situación en el mundo.

7. La técnica y la revisión de los escenarios históricos. Si la técnica deviene aquel horizonte último a partir del cual se abren todos los campos de la experiencia, si ya no es más la experiencia la que, reiterada, le da un sentido al procedimiento técnico, sino que es la técnica la que se pone como condición y que decide el modo de hacer experiencia, entonces asistimos a ese vuelco por el cual el sujeto de la historia ya no es más el *hombre*, sino la *técnica*, que, emancipada de la condición de mero “instrumento”, dispone de la naturaleza como su fondo y del hombre como su funcionario. Esto impone una revisión radical de los modos tradicionales de entender la razón, la verdad, la ideología, la política, la ética, la naturaleza, la religión y la historia misma.

La razón ya no es más el orden inmutable del cosmos en el cual primero la mitología, después la filosofía y finalmente la ciencia se han reflejado, creando las respectivas cosmologías, sino que deviene “procedimiento instrumental” que garantiza el cálculo más económico entre los medios a disposición y los objetivos que se intentan alcanzar.

La verdad ya no es más conformidad con el orden del cosmos o de Dios, porque si ya no se da más el horizonte capaz de garantizar el cuadro eterno del orden inmutable, si el orden del mundo no habita más en su ser, sino que depende del “hacer técnico”, la *eficacia* deviene explícitamente el único criterio de verdad.

Las ideologías, cuya fuerza descansaba sobre la inmutabilidad de su cuerpo doctrinal, en la edad de la técnica no resisten a la dura reducción de todas las ideas a simples *hipótesis de trabajo*. La técnica, de hecho, a diferencia de la ideología --que muere en el momento en el que su núcleo teórico ya no “hace más mundo” y mucho menos lo “explica”--, piensa sus propias hipótesis como “por principio” superables, y por ello no se extingue cuando uno de sus núcleos teóricos se revela ineficaz: porque, no habiendo ligado su verdad a ese núcleo, puede cambiar y corregirse sin desmentirse. Sus errores no la hacen derrumbarse, sino que se convierten inmediatamente en ocasiones de autocorrección.

La política, que Platón había definido como “técnica regia” porque asignaba a todas las técnicas la respectiva finalidad, hoy puede decidir sólo en subordinación al aparato económico, a su vez subordinado a la disponibilidad garantizada del aparato técnico. De este modo, la política se encuentra en situación de “*adaptación pasiva*”, condicionada como está por el desarrollo técnico que ella no puede controlar ni mucho menos direccionar, sino solamente garantizar. Reduciéndose siempre cada vez más a pura administración técnica, la política mantiene un papel relativo e incluso decisonal sólo allí donde la técnica no es todavía hegemónica, o donde su hegemonía presenta todavía algunas lagunas o algunas insuficiencias en orden al vínculo de su racionalidad instrumental.

La ética, como forma del *accionar* con respecto a fines, celebra su impotencia en el mundo de la técnica regulado por el hacer como pura producción de resultados, donde los efectos se acumulan de modo tal que los éxitos finales no son ya reconducibles a las intenciones de los agentes iniciales. Esto significa que ya no es la ética la encargada de elegir los fines ni de reclamar a la técnica que provea los medios, sino que es la técnica la que, asumiendo como fines los resultados de sus procedimientos, condiciona a la ética obligándola a tomar posición sobre una realidad, no ya natural sino artificial, que la técnica no cesa de construir y hacer posible, sea cual sea la posición asumida por la ética. De hecho, una vez que el “accionar” está subordinado al “hacer”, ¿cómo se puede impedir a quien puede hacer que no haga aquello que puede? No con la *moral de la intención* inaugurada por el cristianismo y retomada en términos de la “razón pura” por Kant, porque ésta, fundada sobre el principio subjetivo de la autodeterminación y no sobre el de la responsabilidad objetiva, no toma en

consideración las consecuencias objetivas de las acciones y, precisamente porque se limita a salvaguardar la “buena intención”, no puede estar a la altura del hacer técnico. Pero tampoco está a la altura de las circunstancias la ética de la responsabilidad que introdujo Max Weber y retomó Hans Jonas, porque si la ética de la responsabilidad se limita a exigir, como escribe Weber, que se “responda por las consecuencias previsibles de las propias acciones”, al mismo tiempo es propio de la técnica abrir el escenario de la imprevisión, imputable no ya a un defecto de conciencia, sino a un exceso de nuestro poder de *hacer*, que resulta enormemente mayor que nuestro poder de *prever*.

La naturaleza: el vínculo hombre-naturaleza ha estado regulado para nosotros occidentales por dos visiones del mundo: la griega, que concibe la naturaleza como hábitat de hombres y dioses, y la judeocristiana, luego retomada por la ciencia moderna, que la concibe como campo de dominio del hombre. Por diferentes que sean, estas dos concepciones tienen en común el hecho de que excluyen la posibilidad de que la naturaleza ingrese en la esfera de competencia de la ética, cuyo ámbito ha estado hasta hoy limitado a la regulación de las relaciones entre los hombres, sin ninguna extensión a los entes de la naturaleza. Pero hoy, que la naturaleza muestra toda su vulnerabilidad por efecto de la técnica, se abre un escenario frente al cual las tradiciones éticas se vuelven mudas, porque no tienen instrumentos para acoger a la naturaleza en el ámbito de la responsabilidad humana.

La religión tiene como presupuesto aquella dimensión del tiempo donde al final (*éschaton*) se realiza aquello que al comienzo había sido anunciado. Sólo en esta dimensión “escatológica”, que inscribe al tiempo en un diseño, todo aquello que acontece en el tiempo adquiere su sentido. Pero la técnica, sustituyendo a la dimensión *escatológica* del tiempo por aquella *proyectual* contenida, como escribe S. Natoli, entre el pasado reciente --en el cual halla los medios disponibles-- y el futuro inmediato --en el cual estos medios encuentran su destino (o empleo)--, sustrae a la religión, por efecto de esta contracción del tiempo, la posibilidad de leer en el tiempo un diseño, un sentido, un fin último al cual poder hacer referencia para pronunciar palabras de salvación y verdad.

La historia se constituye en el acto de su narración que ordena el sucederse de los acontecimientos en una trama de sentido. El encuentro de un sentido traduce el *tiempo* en *historia*, así como su pérdida disuelve la historia en el fluir insignificante del tiempo. El carácter a-finalista de la técnica, que no se mueve en vista de *fin*es sino sólo de *resultados* que derivan de sus procedimientos, termina por abolir cualquier horizonte de sentido, determinando así el fin de la historia como tiempo provisto de sentido. Con respecto a la memoria histórica, la memoria de la técnica, al ser sólo procedimental, traduce el pasado en la insignificancia de lo “superado” y acuerda para el futuro el mero significado de “perfeccionamiento” de los procedimientos. El hombre, en este punto, en su total dependencia del aparato técnico, deviene ahistórico, porque no dispone de otra memoria más que aquella mediada por la técnica, que consiste en la rápida

cancelación del presente y del pasado por un futuro pensado sólo en función del propio autopotenciamiento.

8. La técnica y la supresión de todos los fines en el universo de los medios. Entre las categorías que solemos emplear para orientarnos en el mundo, la única que nos pone a la altura del escenario abierto por la técnica es la categoría de *absoluto*. “Absoluto” significa liberado de toda ligazón (*solutus ub*), es decir, de todo horizonte de fines, de toda producción de sentido, de todo límite y condicionamiento. Esta prerrogativa, que el hombre ha atribuido primero a la naturaleza y después a Dios, ahora se encuentra con que la refiere, no a sí mismo, como dejaban presagiar la promesa prometeica y la promesa bíblica cuando aludían al progresivo dominio del hombre sobre la naturaleza, sino al *mundo de sus máquinas*, con respecto a cuya potencia (por añadidura, inscrita en el automatismo de su potenciamiento) el hombre, como escribe Günther Anders, resulta decididamente inferior e inconsciente de su inferioridad.

Por efecto de esta inconsciencia, quien acciona el aparato técnico o quien está simplemente inserto en él, sin poder distinguir más si es un agente activo o está siendo a su vez él mismo accionado, ya no se pregunta si el objetivo por el cual el aparato técnico es puesto en acción es justificable o, simplemente, si tiene algún sentido, porque esto significaría dudar de la técnica, sin la cual ningún sentido y ningún objetivo serían alcanzables. Y entonces la “responsabilidad” termina siendo confiada a la “respuesta” técnica, donde subyace el imperativo de que se *“debe” hacer todo aquello que se “puede” hacer*.

Pero cuando lo *positivo* se inscribe por entero en el ejercicio de la potencia técnica y lo *negativo* se circunscribe al error técnico, al desperfecto técnicamente reparable, la técnica consigue alcanzar ese nivel de autorreferencialidad que, sustrayéndola de todo condicionamiento, la pone como absoluto. Un absoluto que se presenta como un *universo de medios*, el cual, en tanto no tiene en vista verdaderos *fines* sino solamente *efectos*, traduce los presuntos fines en ulteriores medios para el incremento infinito de su funcionalidad y de su eficiencia. En esta “mala infinitud”, como la llamaría Hegel, cualquier cosa tiene valor sólo si es “buena para alguna otra cosa”, por lo cual los objetivos finales, los fines --que en la edad pre-tecnológica regulaban las acciones de los hombres y les conferían “sentido”-- en la edad de la técnica aparecen absolutamente “insensatos”.

Llegados a este punto, no hay que dejarse engañar por la necesidad de sentido, por su búsqueda afanosa, por su demanda incesante a la que intentan dar respuesta las religiones, con sus promociones de fe, y las prácticas terapéuticas, con sus promociones de salud, porque todo eso revela solamente que la figura del “sentido” no se ha salvado del universo de los medios. Si de hecho el encuentro de sentido favorece la existencia; si, como escribe Nietzsche, representa para la condición humana una ventaja biológica, allá donde el sentido no se encuentra es preciso *inventarlo*; y entonces incluso el “sentido” se justifica porque, como *medio para vivir*, está en grado de asumir, a su vez, el rango de “medio”.

9. De la alienación tecnológica a la identificación tecnológica. ¿Qué es del hombre en un universo de medios que no tiene en vista otra cosa que el perfeccionamiento y el potenciamiento de la propia instrumentación? Allá donde el mundo de la vida es enteramente generado y hecho posible por el aparato técnico, el hombre deviene un funcionario de dicho aparato y su identidad termina enteramente resuelta en su funcionalidad, por lo cual es posible decir que en la edad de la técnica el hombre está cerca-de-sí sólo en cuanto es funcional a aquel otro-de-sí que es la técnica.

La técnica, de hecho, no es el hombre. Nacida como condición de existencia humana e incluso como expresión de su esencia, hoy, por las dimensiones alcanzadas y por la autonomía ganada, la técnica expresa la abstracción y la combinación de las ideas y de las acciones humanas a un nivel de artificialidad tal que ningún hombre y ningún grupo humano, por más especializado que esté, y hasta incluso por efecto de su especialización, está en condiciones de controlar en su totalidad. En un contexto semejante, haber sido reducido a funcionario de la técnica significa para el hombre estar “en otro lugar” con respecto a la morada que ha conocido históricamente; significa estar *lejos de sí*.

Marx ha llamado a esta condición “alienación” y, coherentemente a las condiciones de su tiempo, ha circunscripto la alienación al modo de producción capitalista. Pero tanto el capitalismo (causa de la alienación) como el comunismo (que Marx proyectaba como remedio a la alienación) son todavía figuras inscriptas en el *humanismo*, o sea, en aquel horizonte de sentido, típico de la edad pre-tecnológica, en el cual el hombre es entendido como sujeto y la técnica, como instrumento. Pero en la edad de la técnica, que arranca cuando el universo de los medios no tiene en vista ninguna finalidad (ni siquiera el beneficio), la relación se invierte, en el sentido de que el hombre no es más el *sujeto* que la producción capitalista aliena y reifica, sino que es un *producto* de la alienación tecnológica, que se instaura a sí misma como sujeto y al hombre como su predicado.

De esto se sigue que la instrumentación teórica puesta a disposición por Marx, quien fue quizá uno de los primeros en prever los escenarios de la edad de la técnica llamada por él “civilización de las máquinas”, ya no es más idónea para leer el tiempo de la técnica; no porque históricamente el capitalismo se haya revelado vencedor frente al comunismo, sino porque Marx se mueve todavía en un horizonte humanístico, con referencia al hombre pre-tecnológico, donde, como quiere la lección de Hegel, el esclavo tiene en el amo a su antagonista, así como el amo lo encuentra en el esclavo. Mientras que en la edad de la técnica no hay más ni amos ni esclavos, sino sólo las exigencias de aquella rígida racionalidad a la cual deben subordinarse tanto los esclavos como los señores amos.

Llegados a este punto, incluso el concepto marxiano de “alienación” aparece insuficiente, porque de alienación se puede hablar sólo cuando, en un escenario humanístico, existe una antropología que quiere recuperarse de su extrañamiento

en la producción, en un contexto caracterizado por el conflicto de dos voluntades, de dos sujetos que todavía se consideran titulares de sus acciones; no cuando hay un único sujeto, el aparato técnico, con respecto al cual los sujetos singulares son simplemente sus predicados.

Existiendo exclusivamente como predicado del aparato técnico que se pone a sí mismo como absoluto, el hombre no está más en grado de percibirse como “alienado”, porque la alienación prevé, al menos en prospectiva, un escenario alternativo que el absoluto técnico no concede, y por eso, como en otro contexto escribe R. Madera, el hombre traduce su *alienación* en el aparato en *identificación* con el aparato. Por efecto de esta identificación, el sujeto individual no encuentra en sí otra identidad por fuera de aquella que le fue conferida por el aparato, y cuando se cumple la identificación de los individuos con la función asignada por el aparato, la funcionalidad, devenida autónoma, reabsorbe en sí cada sentido residual de identidad.

10. La técnica y la revisión de las categorías humanísticas. Si, como funcionario del aparato técnico, el hombre no es más legible con los implementos categoriales elaborados y madurados en la edad pre-tecnológica, se hace necesaria una radical revisión de las categorías humanísticas, desde las nociones de individuo, identidad, libertad, comunicación, hasta el concepto mismo de alma, cuyo atraso psíquico todavía no permite al hombre de hoy una adecuada comprensión de la edad de la técnica.

EL INDIVIDUO. Esta noción típicamente occidental, que ha tenido en la noción platónica de “ánima”, revisitada por el cristianismo, su acta de nacimiento, tiene en la edad de la técnica su previsible acta de defunción. Ciertamente no muere aquella entidad indivisible (del latín: *in-dividuum*) que a nivel natural forma parte de la especie y a nivel cultural, de una sociedad de la cual repite, por sus características, el tipo general; pero muere aquel sujeto que, a partir de la *conciencia* de la propia individualidad, se piensa autónomo, independiente, libre hasta los confines de la libertad del otro y, por efecto de este reconocimiento, igual a los otros. En otros términos, no muere el individuo empírico, el átomo social, sino el *sistema de valores* que, a partir de esta singularidad, han decidido nuestra historia.

LA IDENTIDAD. Esta noción que, como aquella de individuo, nace al interior de la antropología occidental --porque, antes que Occidente y al costado de Occidente, el individuo no reconoce su identidad, sino sólo la *pertenencia* al grupo con el cual se identifica--, depende, como nos recuerda Hegel, del *reconocimiento*. Sólo que, mientras en la edad pre-tecnológica era posible reconocer la identidad de un individuo por sus acciones, porque éstas eran leídas como manifestaciones de su alma, entendida como sujeto decisional, hoy las acciones del individuo no son más legibles como expresiones de su identidad, sino como posibilidades calculadas por el aparato técnico, que no solo las prevé, sino que además las prescribe en la forma de su ejecución. Siguiéndolas, el sujeto

no revela su identidad, sino la del aparato, al interior del cual la identidad personal se resuelve en pura y simple *funcionalidad*.

LA LIBERTAD. Si con esta palabra entendemos el ejercicio de la libertad de elección a partir de las condiciones existentes, debemos decir que la sociedad tecnológicamente avanzada ofrece un espacio de libertad decididamente superior a aquel concedido en las sociedades poco diferenciadas, donde la calidad personal y no objetiva de los lazos, por no decir la homogeneidad social, reducen los márgenes de libertad a aquellos elementales de la obediencia o la desobediencia. La técnica, teniendo como imperativo la promoción de todo aquello que se puede promover, crea un sistema abierto que de continuo genera un abanico siempre más grande de opciones, que devienen poco a poco practicables sobre la base de los niveles de competencia que los individuos por sí solos son capaces de adquirir. Pero la libertad como competencia, teniendo como espacio expresivo aquel espacio impersonal de los intercambios profesionales, crea aquella escisión radical entre “público” y “privado” que, aunque por muchos es aclamada como punto cardinal de la libertad, comporta aquella conducta esquizofrénica de la vida individual (esquizofrenia funcional), que se manifiesta cada vez que la función que espera al individuo como miembro impersonal de la organización técnica entra en colisión con aquello que el individuo aspira a ser como sujeto global. Se determina de hecho por primera vez en la historia la posibilidad para el individuo de entrar en un contacto con los otros individuos, e incluso de hacer sociedad, sin que eso comporte un lazo cualquiera de naturaleza personal. Y entonces, privados de una experiencia común de la acción, que es cada vez más prerrogativa exclusiva de la técnica, los individuos reaccionan frente al sentimiento de impotencia que experimentan replegándose sobre sí mismos y, en la imposibilidad de reconocerse comunitariamente, terminan considerando a la sociedad misma en términos puramente instrumentales.

LA CULTURA DE MASAS. La desarticulación entre “público” y “privado”, entre “social” e “individual”, operada por la racionalidad técnica modifica inclusive el concepto tradicional de “masa”, introduciendo una variante que es su atomización y desarticulación en singularidades individuales, forjadas a partir de productos de masas, consumo de masas, información de masas. Así se vuelve obsoleto el concepto de *masa como concentración de muchos*, y actual el de *masificación como cualidad de millones de singularidades (soledades)*, cada una de las cuales produce, consume, recibe las mismas cosas que todos, pero de un modo solitario. Es así consignada a cada uno la propia masificación, pero con la ilusión de la privacidad y el aparente reconocimiento de la propia individualidad, de modo que ya ninguno esté en condiciones de percibir un “exterior” respecto de un “interior”, porque aquello que cada uno encuentra en público es exactamente aquello de lo que ha sido provisto en privado. Nacen de aquí los procesos de *desindividuación* y *desprivatización* que están en la base de las conductas de masa típicas de las sociedades homologadas y conformistas.

LOS MEDIOS DE COMUNICACION. A la homologación social contribuyen en modo exponencial los medios de comunicación que la técnica ha potenciado,

modificando nuestro *modo de hacer experiencia*: ya no más en contacto con el mundo, sino con la representación medial del mundo que vuelve cercano lo lejano, presente lo ausente, disponible aquello que de otro modo sería indisponible. Exonerándonos de la experiencia directa y poniéndonos en contacto no con los hechos, sino con una puesta, los medios de comunicación no tienen ninguna necesidad de falsificar o de oscurecer la realidad, porque precisamente aquello que informa, codifica; y el efecto de código deviene no sólo criterio interpretativo de la realidad, sino también modelo inductor de nuestros juicios, que su vez generan comportamientos en el mundo real conforme a lo apprehendido del modelo inductor. En esta *comunicación tautológica*, donde quien escucha siente las mismas cosas que por sí mismo podría tranquilamente decir, y quien habla dice las mismas cosas que podría escuchar de cualquiera, en este monólogo colectivo, la experiencia de la comunicación se derrumba, porque es abolida la diferencia específica entre las experiencias personales del mundo que están en la base de cada reclamo comunicativo. Con su continuo sucederse unas a otras, las miles de voces y miles de imágenes que saturan el éter terminan por abolir progresivamente las diferencias que aún existen entre los hombres y, perfeccionando su homologación, vuelven superfluo --si no imposible-- hablar “en primera persona”. Llegados a este punto, los medios de comunicación no aparecen más como simples “medios” a disposición del hombre porque, si intervienen sobre la modalidad de hacer experiencia, modifican al hombre independientemente del uso que éste hagan de ellos y de los objetivos que se proponga cuando los emplea.

LA PSIQUIS. Cuando en la época pre-tecnológica el mundo no estaba disponible en su totalidad, cada alma se construía a sí misma como resonancia del mundo del cual hacía experiencia. Esta resonancia era, para cada hombre, su *interioridad*. Hoy, exonerada por la experiencia personal del mundo, el alma de cada uno deviene *coextensiva* al mundo. De este modo se suprimen: la diferencia entre *interioridad* y *exterioridad*, porque el contenido de la vida psíquica de cada uno termina por coincidir con la común representación del mundo, o por lo menos con aquello que los medios de comunicación le destinan como “mundo”; la diferencia entre *profundidad* y *superficie* porque, sin desmedro de la psicología de lo profundo, la profundidad termina siendo no otra cosa que el reflejo individual de las reglas del juego común a todos desplegado en la superficie; la diferencia entre *actividad* y *pasividad*, porque si la tendencia de la sociedad tecnológica es la de funcionar como un régimen de máxima racionalidad, o para decirlo con Leibniz, como un sistema armónico preestablecido, no se da ninguna “actividad” que no sea por sí misma “adaptación” a los procedimientos técnicos que, por sí solos, la hacen posible. De este modo el alma es progresivamente *despsicologizada* y se vuelve incapaz de comprender qué cosa verdaderamente significa vivir en la edad de la técnica, donde lo que se demanda es un potenciamiento de las facultades intelectuales por sobre las emotivas, para poder estar a la altura de la *cultura objetivada en las cosas* que la técnica exige a costa y cargo de aquella (cultura) *subjetiva de los individuos*.

11. La edad de la técnica y la inadecuación de la comprensión humana.

La despsicologización del alma reconduce las discusiones sobre la edad de la técnica a ese nivel inesencial que es la exaltación incondicionada o la demonización acrítica. Este libro¹ quisiera promover ese paso ulterior que es la apertura del horizonte de la comprensión, persuadidos como estamos de que hoy, el horizonte de la comprensión ya no es más la *naturaleza* en su estabilidad e inviolabilidad, ni tampoco la *historia* que hemos vivido y narrado como progresivo dominio del hombre sobre la naturaleza, sino la *técnica* que abre un espacio interpretativo que ha sido definitivamente despedido tanto del horizonte de la naturaleza como del de la historia.

Este es el pasaje epocal en el que nos encontramos, donde la epocalidad está dada por el hecho de que la historia que hemos vivido ha conocido la técnica como aquel hacer manipulativo que, no estando en grado de incidir sobre los grandes ciclos de la naturaleza y de la especie, estaba circunscripto en un horizonte que permanecía estable e inviolable. Hoy inclusive este horizonte ingresa en las posibilidades de la manipulación técnica, cuyo poder de experimentación no tiene límites, porque a diferencia de los que ocurría en los albores de la edad Moderna, cuando la experimentación científica transcurría en el “laboratorio”, es decir en un mundo artificial distinto del natural, hoy el laboratorio ha devenido coextensivo al mundo, y es difícil continuar llamando “experimentación” a aquello que modifica de modo irreversible nuestra realidad geográfica e incluso histórica.

Cuando las condiciones puestas “por hipótesis” dejan efectos irreversibles, ya no es más posible continuar inscribiendo la técnica en el *juicio hipotético-conjetural* que tiene como características la problematicidad, la revisionalidad, la provisoriedad, la perfectibilidad, la falsabilidad, sino que más bien habría que inscribirla en el juicio histórico-epocal que, entre los juicios, es el más severo, porque aquello que acontece una vez ha acontecido para siempre y de modo irrevocable.

En este punto, la pregunta: si el hombre no existe en prescindencia de aquello que hace, ¿qué cosa deviene el hombre en el horizonte de la experimentación ilimitada y de la manipulación infinita descubierta por la técnica? Para responder esta pregunta, es necesario superar la persuasión ingenua según la cual la naturaleza humana es algo estable que permanece incontaminado e intacto más allá de lo que haga el hombre. Si de hecho el hombre, como quiere la expresión de Nietzsche, es aquel “animal todavía no estabilizado” que desde los orígenes no puede vivir si no es operando técnicamente, su naturaleza se modifica sobre la base de la modalidad de este “hacer”, que por esto deviene el horizonte de su autocomprensión. No se trata del hombre que puede *utilizar* la técnica como si fuera algo *neutral* respecto de su naturaleza, sino del hombre cuya naturaleza se modifica sobre la base de la modalidad con la cual se organiza técnicamente. Hoy la técnica pone al hombre frente a un mundo que se presenta como ilimitada

¹ Se refiere a *Psiché e Techné*, del cual este texto es la introducción. (NdeT)

manipulabilidad, y por lo tanto la naturaleza humana no puede ser pensada como la misma que se relacionaba con un mundo --que es de hecho el mundo que la historia nos ha descrito hasta ahora, y que, llegados a cierto límite, era inviolable y fundamentalmente inmodificable.

Sin embargo, todavía hoy la humanidad no está a la altura del evento técnico que ella misma ha producido y, quizá por primera vez en la historia, su sensación, su percepción, su imaginación, su sentimiento se revelan inadecuados ante lo que está aconteciendo. De hecho, la capacidad de producción que es ilimitada ha superado la capacidad de imaginación, que está limitada y, en tanto tal, no nos permite comprender y, en el límite, considerar “nuestros”, los efectos que el irreversible desarrollo técnico está en grado de producir.

Cuanto más se complica el aparato técnico, cuanto más cerrado se hace el entretejido de los subaparatos, cuanto más se agigantan sus efectos, tanto más se reduce nuestra capacidad de percepción en relación a los procesos, a los resultados, a los éxitos, para no hablar de los objetivos de los cuales somos partes y condiciones. Y dado que, frente a aquello que no alcanza ni a percibir ni a imaginar, nuestro *sentimiento* deviene incapaz de reaccionar, al “nihilismo activo” de la técnica inscripto en su “hacer sin objetivo” se agrega el “nihilismo pasivo”, denunciado por Nietzsche, que nos deja “fríos”, porque nuestro sentimiento de rechazo se detiene ante el umbral de una cierta grandeza. Y así de “analfabetos emotivos” asistimos a la irracionalidad que emana de la perfecta racionalidad (instrumental) de la organización técnica que crece sobre sí misma por fuera de cualquier horizonte de sentido.

El experimento nazi, no por su crueldad sino propiamente por la *irracionalidad que emana de la perfecta racionalidad de una organización*, para la cual “exterminar” tenía el simple significado de “trabajar”, puede ser asumido como aquel acontecimiento que señala *el acta de nacimiento de la edad de la técnica*. No se trató entonces, como hoy podría aparecer, de un acontecimiento errático o atípico para nuestra época y para nuestro modo de sentir, sino de un *acontecimiento paradigmático*, capaz de señalar inclusive hoy en día que si no estamos en condiciones de colocarnos a la altura del operar técnico generalizado a escala global y sin lagunas, cada uno de nosotros permanecerá enredado en aquella responsabilidad individual que consentirá al totalitarismo de la técnica el proceder sin obstáculos, sin tener ya siquiera la necesidad de apoyarse en ideologías perimidas.

A diferencia, de hecho, del nihilismo descrito por la filosofía que se interroga sobre el sentido del ser y del no ser, el nihilismo de la técnica no pone en juego sólo el *sentido* del ser y, por ende, del hombre, sino *el ser mismo* del hombre y del mundo en su totalidad. Y si el nihilismo descrito por la filosofía era anticipatorio, profético, pero impotente, porque no estaba en condiciones de determinar el nihilismo que prefiguraba, el nihilismo sostenido por el carácter a-finalista de la técnica no sólo tiene en su poder la capacidad de *nulificación* sino que, dadas la cualidad de los imperativos técnicos y la moral de los instrumentos

que deriva de ella, tiene la posibilidad de ejercitar este poder. El hecho de que la filosofía, y con ella la literatura y el arte, todavía se entretengan con el problema del sentido del ser y por ende del hombre, sin detenerse en el problema de *la posibilidad que tienen el hombre y el mundo de continuar siendo*, contribuye a ese “nihilismo pasivo” que Nietzsche denunciaba como nihilismo de la resignación.

Nacida bajo el signo de la anticipación, del cual Prometeo, “aquel que piensa por anticipado”, es el símbolo, la técnica termina de este modo sustrayéndole al hombre toda posibilidad anticipatoria, y con ella, la responsabilidad y la autoridad que deriva de la capacidad de prever. En esta incapacidad, devenida ahora inadecuación psíquica, se esconde para el hombre el máximo peligro, así como en la ampliación de su capacidad de comprensión, su débil esperanza.

Esta ampliación psíquica, a cuya promoción este libro confía su sentido, si bien por un lado no es suficiente para dominar la técnica, evita al menos al hombre que la técnica se desarrolle sin que él lo sepa y que, de ser condición esencial para la existencia humana, se convierta en la causa de la *insignificancia* de su propio existir.

[Traducción: Flavia Costa. De Galimberti, Umberto. *Psiché e Techne. L'uomo nel'età della tecnica*. Milano, Feltrinelli, 1999]